

EL TIEMPO SE VA DE VIAJE.

Koldobika Ascaso. 25/09/15

Desde hace mucho tiempo, como muchos amantes de la Ciencia Ficción, me he planteado afrontar un relato o novela sobre viajes en el tiempo. Pero claro, un servidor no pretende hacer un remake de otras tantas obras ya escritas con anterioridad. Aspiro a ser original, aportar algo distinto y en ese afán por innovar antes debía revisar el material ya existente.



Mi primera decisión fue hacia dónde viajaría mi protagonista y me decidí por lo que es sin duda más cómodo: hacia el pasado. La razón más allá de que eso me permitía contar con abundante documentación era escribir o “filosofar” sobre cómo cambian los escenarios pero el ser humano sigue cayendo una y otra vez en los mismos errores. En concreto viajaría al periodo romano republicano, justo antes de que Julio Cesar y Augusto cambiaran el panorama político. Un momento que me serviría para enlazar dos historias: la esclavitud como fuente

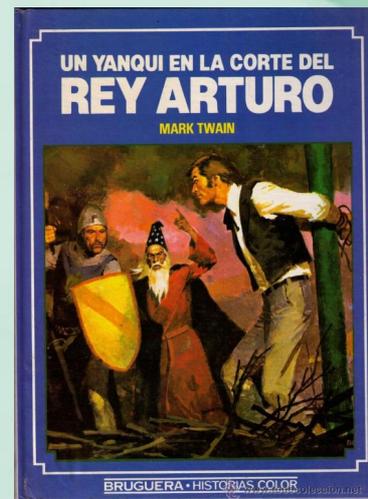
de mano de obra barata y el avance de la robótica industrial que estamos experimentando. Para aquellos que hayan leído alguno de mis post o artículos no será una sorpresa declararme un enemigo del desarrollo incontrolado de las máquinas. Porque de una forma u otra no estamos sino sustituyendo, amparados en toda clase de excusas, algunas más infantiles que otras, la mano de obra humana por una mecánica, que al fin de cuentas no es sino otra forma de tener esclavos a nuestro servicio.

Y ya con el concepto claro solo quedaba elegir ciertos detalles: El primero de estos es que tradicionalmente en este subgénero se utiliza una máquina o un evento especial para que nuestro protagonista viaje al pasado. Las opciones no son tantas como pueda parecer en un principio, sobre todo si opto por no usar una máquina para dicho viaje. Reconozco que no me interesa demasiado adentrarme en la física especulativa, no tengo los conocimientos necesarios para hacerlo, malgasté mis años de facultad estudiando publicidad. El caso es que he de tirar de hemeroteca para inspirarme. Puedo usar algo parecido a lo que aparece en “El efecto mariposa” (2004); mi personaje sufre un episodio de vértigo y se transporta a otro tiempo. O simplemente y sin explicación alguna despierta en esa época tal cual, como en “El día de la



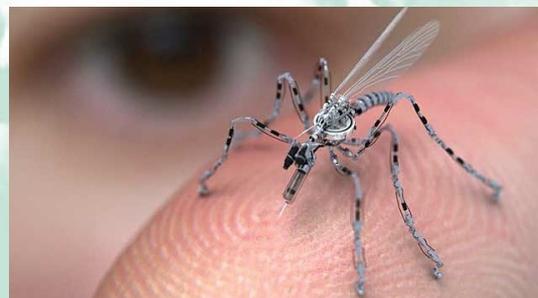
marmota” (1993) o viaje tras escuchar las campanadas de la hora mágica “Medianoche en París” (2011). El caso es que en mi caótico proceso creativo aparto rápidamente esta cuestión, con la esperanza de que algo más adelante termine por indicarme qué método debería utilizar mi viajero.

Y esa es otra: ¿Qué tipo de personaje enviaré al pasado? Tengo claro que no quiero escribir una historia cafre, es decir; no quiero un personaje que haga alarde de conocimientos, que transforme la historia en algo simplemente entretenido y deje mi mensaje en un segundo plano o que trate la historia demasiado evidentemente: Un yanqui en la corte del rey Arturo. Lo que me lleva a plantearme que mi protagonista sea un profesor de historia cuya única intención sea la de ser un observador neutral. Lo cual no es del todo factible, ya que como los amantes de este género sabemos “estar e interactuar son la misma cosa”.



Pero esto es ciencia ficción, y como tal damos un uso a la tecnología presente y futura. Ya conocemos los adelantos en drones, algunos son ya una realidad (imagen de la izquierda.) Y otros aún son proyectos pero sabemos que no por mucho tiempo. Para bien o para mal. El caso es que esta tecnología me da una herramienta que entra dentro de lo factible. Podría sustituir mi viajero de carne y hueso por una máquina.

Sí, estoy de acuerdo con que eso le quitaría toda la gracia si lo planteamos como una aventura. Un servidor si pudiese viajar al pasado querría experimentarlo en primera persona. Además, esto lo transformaría en un documental, o más aún, sería como un gran hermano al estilo “El show de Truman” (1998).



Tal vez, y sólo tal vez, no sea el único que ahora mismo esté dándole forma a una idea en su cabeza: Un grupo de científicos encuentran la manera de enviar y controlar drones de vigilancia, prácticamente invisibles, al pasado. Quizás uno de estos científicos empatice demasiado con el personaje que han decidido seguir y se vea tentado a salvarle la vida. O puede que la historia esté más en el presente y cómo se afrontarían a la creación del primer documental de estas características. Las posibilidades son muchas, podría ser el guión de una película en la que se rodara todo como si esos artefactos fueran operativos, explotando el voyeur que todos llevamos dentro y creando un falso documental en el que las limitaciones de los drones ayuden a crear el dramatismo o la intriga. Pero existe dos problemas principales: que no es la historia que quiero contar y que sólo sería ficción, y como tal sesgada. Ya que lo único que

podemos usar es nuestra interpretación personal de una época y la información más o menos fidedigna que tengamos de ella. Y no es moco de pavo, porque ya enviemos a nuestro protagonista como observador o actor de lo que acontece en realidad no estamos sino enviándonos a nosotros mismos. Nada diferente a lo que se hace en la Ciencia Ficción más tradicional cuando situamos la acción en un futuro hipotético, incluso cuando contamos con bastante información al respecto y no avanzamos mucho en las fechas. “Un amigo para Frank” (2012) sería un ejemplo perfecto de esto último.



En esta película nos adentramos muy poco en el futuro para tratar temas como la familia, la soledad y la relación hombre-máquina. Viajamos tan cerca que casi no se puede considerar viajar en el futuro. Pero lo hacemos y eso crea las primeras dudas: ¿Es nuestro profesor enviado a la antigua Roma sólo una proyección nuestra? Por supuesto y por mucho que nos documentemos no podemos dejar atrás nuestra parcialidad en cuanto al contexto en el que vivimos. ¿Entonces qué hace que consideremos este viaje en el tiempo una obra de Ciencia Ficción? ¿El método para viajar al pasado? Ya hemos visto que no, podemos usar prácticamente cualquier justificación para tal viaje: Una máquina “El tiempo en sus manos” (1960) o un accidente “Life in Mars” (2006-2007).

¿Y si no es el método qué la define? Tal vez sólo baste que declaramos abiertamente la acción, intencionada o no, de viajar al pasado.

Pero la acción bien podría comenzar ya ambientada en la Roma republicana, y descubrir a nuestro viajero ya en esa época. Por ejemplo con un intrigante comerciante que mira bajo su túnica para acceder a lo que parece un dispositivo multimedia. Ya de inmediato podríamos llegar a la conclusión de que se trata de un viajero en el tiempo, sin que tengan que explicarnos cómo llegó allí.

Entonces debe ser la inclusión de tecnología avanzada la que determine que nos encontramos en una historia de Ciencia Ficción.

Nuevamente nos encontramos con otro problema: nuestro profesor de historia es un purista y se ha cuidado y mucho de llevar nada anacrónico. Sabemos que es del futuro porque conoce la historia, o hace las preguntas adecuadas como para llevarnos a esa conclusión. Puede que ya lo tengamos: lo que convierte nuestra historia en Ciencia Ficción es la inclusión de un personaje o elemento contemporáneo a nosotros o al menos anacrónico en esa época.

Parece que tenemos el elemento clave: Un profesor de historia que observa e interactúa con el pasado. Pero claro, sin olvidar que ese escenario no es sino fruto de nuestra propia reconstrucción. No el balde los viajes en el tiempo no existen. Vaya. Tampoco me satisface esa explicación, he recordado la posibilidad de usar drones que no interactúen. ¿Qué elemento ajeno a



esa época podemos usar inequívocamente en nuestro viaje?

Pues tras un par de cigarrillos y una cerveza parece que mi mente ha querido facilitarme la respuesta: nosotros. Sí, tal vez parezca simple, pero si lo pensáis nuestro profesor o el dron, no son sino proyecciones del narrador. De hecho podríamos contar la historia con un narrador omnisciente a pesar de contar con ellos. Viajar en el tiempo. Esa es en realidad la clave de todo esto. La única importante en realidad.



Da igual que sea hacia el futuro o hacia el pasado, el ejercicio intelectual es similar: nosotros como autores recreamos esas épocas y añadir o no un elemento ajeno no es sino un recurso más, al igual que todos los otros personajes que creamos en la trama. Si queréis un símil cinematográfico podéis escoger “Origen”(2010), nosotros somos los arquitectos de ese mundo ficticio y somos también los que de una forma u otra interactuamos en él.

¿En qué nos convierte eso? Pues hasta que la ciencia no demuestre y haga realidad los viajes en el tiempo, especialmente al pasado, nos convierte en los auténticos y únicos viajeros en el tiempo. Sí, y me quedo tan ancho, como vosotros cuando le otorguéis otro valor a esa expresión tan publicitaria de las novelas históricas que se nos venden bajo la premisa: “Os transportará a otra época”. Porque hasta el día de hoy es la única manera de efectuar dicho viaje.

En realidad da igual si se trata del siglo XVI o del siglo XXV. Sólo se diferencian por la cantidad de información de la que disponemos y la debemos aventurarnos a suponer. Si los viajes en el tiempo son Ciencia Ficción vamos a tener que aceptar que tanto Arturo Pérez-Reverte como H. G. Wells no son sino viajeros en el tiempo.

La única diferencia entre ambos es que cada cual ha decidido ir en una dirección temporal.

Ciencia Ficción, Ficción Histórica, “aceptemos barco como animal acuático”, no vayamos a ofender a alguien.

Así que al final me enfrento a la verdad: a no ser que quiera escribir algo en tono de aventura, o de gamberrada, no necesito escribir nada. Porque si hay que recordarles a nuestros coetáneos que ya en el pasado cometimos esos errores, todo está prácticamente dicho, o escrito. No necesito enviar a nadie al pasado para señalarlo, se me antoja un ejercicio redundante.

Pero tal vez y sólo tal vez, en la Ficción Histórica falte un poco de la retroalimentación que existe en la Ciencia Ficción tradicional, en la que necesitamos conocer la historia para poder teorizar sobre el futuro. Puede que se limite demasiado a señalar lo que fue, desligándose de hacia dónde nos ha llevado o a dónde nos lleva, dejando temas sin afrontar. Se echa de menos ese trabajo a la inversa.

Al final si me animara a encarar este tema supongo que tendría que escribir una novela histórica, al modo tradicional, enfocada desde el punto de vista de un ciudadano romano, como tantos que hubo, atrapado por un entramado productivo y sociedad en la que la esclavitud significaba su propia exclusión, condenándolo consciente o inconscientemente a pan y circo.